



**LA FAMILIA DEL SABIO CUBANO DOCTOR  
CARLOS J. FINLAY DESCUBRIDOR DEL MOSQUITO  
TRANSMISOR DE LA FIEBRE AMARILLA**

Por ENRIQUE HURTADO DE MENDOZA  
MARQUÉS DE SAN JUAN DE RIVERA

En el 2003 se cumple el bicentenario del nacimiento del sabio cubano Doctor Don Carlos Juan Finlay y de Barrés, quien con su descubrimiento liberó a la humanidad de la gran mortandad que causaba esta terrible enfermedad. Para Cuba, toda su gloria, para la humanidad los beneficios de su proeza médica.

El padre de Finlay, nacido en Hull, Inglaterra, cursó sus estudios de medicina en Rouen, Francia. Se llamaba Eduardo Finlay y Wilson. Hubo de enrolarse en una de las expediciones que partían de Europa para ayudar a Simón Bolívar en su empeño libertador de la América Hispana. Su destino no estaba en el país portentoso de los Andes, ni en Boyacá, ni en Carabobo. Un naufragio lo arrojó a la isla de Trinidad de Barlovento para quedar retenido en las Antillas. Ésto lo llevó a Cuba. Allí estaba su empresa: cuidar de la formación cultural de su futuro hijo, algo que le llevaría un día a la realización de una inmensa labor en el campo de las ciencias médicas para liberar a la humanidad del flagelo de la Fiebre Amarilla.

En aquellos momentos, estamos hablando de 1831, el estado sanitario de Cuba se encontraba en su más bajo nivel, y por



ENRIQUE HURTADO DE MENDOZA

consiguiente se elevaban en proporción inversa altas cifras de mortalidad. No obstante, Eduardo Finlay, ya casado con Elisa de Barrés, se dispuso a ejercer su medicina en la ciudad de Puerto Príncipe. Dos años más tarde, el día 3 de diciembre de 1833, en la calle del Cristo, de la actual ciudad de Camagüey, nace Carlos J. Finlay. Y por iniciativa del conocido periodista cubano, Guillermo Martínez Márquez, desde hace ya muchos años se utiliza esa fecha para celebrar el Día del Médico Cubano.

Poco después por temor al riesgo de enfermedades, la familia Finlay se trasladó a La Habana, más pronto, y por la misma causa, se instala en Alquizar, provincia de La Habana, en busca de aire puro y sol de campo. Luego, no confiando en la instrucción que Carlos Juan pudiera recibir en Cuba, le envían a Francia a estudiar bachillerato. Las graves convulsiones políticas de París, (1848), le llevan a Maguncia en Alemania; y ya calmada la agitación francesa, termina sus estudios en la ciudad de Rouen. Por suerte para Cuba y la humanidad, acabado de graduarse, estamos en 1851, el joven Finlay sufre un fuerte ataque de fiebre tifoidea, y ya rebasado el mal retorna a La Habana, mas con un retardo en la pronunciación, con cierta tartamudez, que le acompañará toda su vida.

Al tratar de cursar sus estudios en la Real y Pontificia Universidad de La Habana, donde esperaba estudiar medicina, el joven Finlay se encuentra con el grave obstáculo de que no le convalidan los estudios europeos. Entonces como los Estados Unidos están cerca, se matricula en el Jefferson Medical College de Filadelfia. Graduado con excelentes calificaciones, uno de sus profesores le propone trabajar juntos en New York, pero Finlay decide regresar a Cuba. Estima que en ella pudiera estar más necesitado. Ya en La Habana le suspenden sus exámenes de reválida, para poder aprobarles un año después.

Más allá de las relaciones de nuestro sabio con sus mosquitos, aunque someramente, pudiera ser interesante conocer sobre Finlay, el médico. En los comienzos de su carrera en La Habana ocurría uno de los más grandes brotes de cólera. Observador agudo, Finlay fija su atención en la Zanja Real del



Cerro, llegando a la conclusión de que la infección colérica tenía por causa principal el agua infectada y que había que atacar a la enfermedad en su medio de transmisión. Presentó un profundo estudio al Gobierno, que, aunque previsor, profiláctico y humano, fue censurado por considerarse una crítica al Gobernador General y a las autoridades españolas que no habían logrado controlar la epidemia. La zanja siguió infectando y sus aguas continuaron como agentes intermediarios. Es interesante señalar que no fue hasta 1885, en que Koch describió el «Vibrón Colérico» y hasta 1892 que, después de las experiencias de Peter Kofler y Emmerich, se aceptó su patogenicidad y se consideró al cólera como una enfermedad contagiosa en su propagación, es decir cuya profilaxis descansa en destruir las excretas del enfermo y en esterilizar el agua de consumo público, algo que nuestro Finlay ya había planteado veinte años antes. En cuanto al alejamiento del enfermo y a la vigilancia y purificación de las aguas, fue un verdadero precursor. Esto dice mucho de su vasta cultura y de sus conocimientos médicos. También merece destacarse que señaló el diagnóstico del «Bocio Oftálmico» para controlar la anemia y la excitación cardíaca provocadas por el tumor del globo ocular, lo que le encasilla como un magnífico oftalmólogo. Además, y desde 1878, afirmaba que la corriente eléctrica, la electroterapia, disipaba las lesiones de la médula y los trastornos funcionales.

Ante lo anterior, es lógico que el enorme desplazamiento científico de la obra finlayista para el control de la fiebre amarilla, haya hecho prestar menos atención al trabajo analítico de su actividad médica.

El brillo del descubrimiento opaca su labor científica anterior. Hubiese resultado muy interesante también comentar sobre las dificultades que tuvo el sabio Finlay en la Academia de Ciencias Médicas Físicas y Naturales de La Habana desde que presentó como trabajo de admisión su «Etiología de la Fiebre Amarilla» en 1864. No resultando admitido hasta ocho años después, por discrepancias adversas. Penoso es recordar que Finlay tuvo una vida de grandes esfuerzos, de cruentas angustias, y de hondas vicisitudes. Tuvo que soportar duros ataques



ENRIQUE HURTADO DE MENDOZA

e injustas vejaciones. Este es el precio que el hombre superior ha de pagar en su bregar con el hombre mediocre, no es solo envidia, es incomprensión.

Ya desde 1860, se observa una creciente preocupación ante el progreso epidemiológico de la fiebre amarilla, mas no se conocía como se inoculaba y como era contagiosa. Resultaría inaceptable que un hombre como Finlay anduviera desprendido de una labor investigadora sobre ésta epidemia. Fue en 1879 cuando llegó a La Habana una Comisión de los Estados Unidos de América enviada por su Servicio de Sanidad para hacer un estudio sobre el tifus amarillo. Es importante destacar que Finlay ya llevaba, por su propia cuenta, haciendo estudios investigativos desde hacia 15 años, mas es cierto que su relación con aquella primera Comisión norteamericana le proporcionó una nueva técnica en cuanto a la proyección de las investigaciones. La Comisión no tuvo éxito, mas desvió el concepto de buscar la contagiosidad de la enfermedad en la alcalinidad de la atmósfera.

Poco después, en la Conferencia Internacional Sanitaria de Washington, Finlay planteó la necesidad de buscar un agente transmisor. Su discurso no fue entendido, ya que poseedor de un concepto científico perfecto, prefirió dejar para más adelante la divulgación del «Culex mosquito», pues deseaba mayores comprobaciones de su descubrimiento. Ya algunos años antes, Pasteur, pesimista sobre la fiebre amarilla, afirmaba: «¡Dios quiera se encuentre algún nuevo organismo específico en esas víctimas de la ignorancia médica!» Pasteur nada encontró para solucionar el problema, el sabio cubano encontró el medio de la transmisión: el mosquito de una especie llamada «stegomyia fasciata». ¿Fecha? El 14 de agosto de 1881, día de la presentación total de su teoría y de su descubrimiento, acompañados de infinidad de investigaciones históricas y etiológicas de la epidemia. Sin embargo, aún ante la evidencia, todos los científicos permanecieron impasibles, indiferentes, cuando no hostiles.

En el año 1888, llegó a La Habana la segunda Comisión norteamericana, venía del Brasil. Stanford Chaille, presidente de la



primera, había fallecido. Su rector era Jorge Stemberg, bacteriólogo. Él había sido también miembro de la anterior Comisión, y tampoco creía en la teoría de Finlay, no aceptaba su tesis sobre el mosquito como agente transmisor. Para nada tomó la Comisión a Finlay en consideración, si no fue para burlarse a sus espaldas del «hombre del mosquito». No lo contradicen, pero tampoco discuten sus ideas, y, claro,... fracasaron.

Lentamente Estados Unidos había ido invirtiendo en Cuba millones de dólares en la industria azucarera, en el tabaco, en las minas de hierro, de manganeso y de cromo, y quizá les resultaba conveniente a sus futuros intereses mantener aquella situación tan empobrecedora. No es ésta la oportunidad para analizar esa posibilidad, mas, tal vez, pudiera ser cierta. Lo totalmente cierto es que la pugna científica de los norteamericanos con Finlay estaba presente, y no es posible explicar esta circunstancia por un estado de ánimo prepotente.

La Guerra de la Independencia presentaba un momento sin solución: los cubanos no tenían suficiente fuerza para vencer a España, y los españoles no tenían suficiente poder para vencer a los cubanos. Llegó lo del Maine, la Resolución Conjunta, la Guerra Hispanoamericana. Finlay estaba en Tampa, ya tenía 65 años. Se incorporó a la Sanidad Militar del Ejército Expedicionario Norteamericano que marchaba a Cuba. Ya alistado se le nombró Cirujano-Ayudante y fue destinado a las fuerzas de Santiago de Cuba. En aquella plaza sanitaria había otros médicos cubanos, Juan Guiteras y Arístides Agramonte. Ellos actuaron en los hospitales de campaña establecidos en el poblado de El Siboney. Terminada la guerra, Finlay se reintegró a su vida médica en La Habana, continuando sus trabajos experimentales sobre la fiebre amarilla, en medio de la misma indiferencia general, excepto en el caso excepcional de la Compañía de Jesús, que acudiendo a él, pudo ver disminuída la mortandad entre sus padres jesuitas por las inoculaciones que les aplicaron como vacunas preventivas.

El Gobierno de los Estados Unidos vio aumentada su preocupación sobre la fiebre amarilla en Cuba con la exposición de sus tropas al contagio. Llegaron a La Habana dos expertos mé-



ENRIQUE HURTADO DE MENDOZA

dicos del Marine Medical Service, los doctores Weslin y Gabling. Su gestión fracasó, ya que relacionaban el «bacillus icteroide» con la fiebre amarilla, algo propugnado equivocadamente por el científico italiano Giuseppe Sanarelli. No se encontraba ese bacilo en la sangre de los enfermos, y aunque el Comandante Gorgas, continuaba saneando la ciudad de La Habana, no se lograban disminuir los casos de fiebre amarilla, que inversamente aumentaban. Y la incertidumbre trajo a Cuba una Cuarta Comisión regentada por el Cirujano militar Walter Reed. Inicialmente Reed no le dio rango alguno a los estudios de Finlay, mas por imperiosa necesidad, debido a la grave epidemia que se desató casi a su llegada en el barrio de Los Quemados de la propia capital, no le quedó más remedio que recurrir al «cubano de los mosquitos».

Los antecedentes de Reed en trabajos sobre la fiebre amarilla eran totalmente malos (¿o nulos?). No se conocían ensayo, estudio, ni obras anteriores realizados en relación con esta epidemia. Ello, sin embargo, no le restaba méritos científicos. Reed era profesor de Bacteriología en la Universidad de Columbia, y había investigado sobre las causas y la transmisión de la fiebre tifoidea por medio de las moscas. Mas, ignoró a Finlay, ya influenciado por la discriminatoria opinión de Steimberg. Steimberg había tenido en sus manos la oportunidad de estudiar y comprobar la teoría y los estudios de Finlay y de adelantar en 19 años el progreso de la medicina para liberar a la humanidad del azote amarillo. No lo intentó siquiera. Se empecinó sin previo estudio, ni análisis. Reed pensaba, en realidad, que todo era un problema de limpieza y de higiene. Mas los barrios más limpios y mejor atendidos, debido a su mayor población, eran los que presentaban mayores casos epidémicos. La evidencia resultaba irrefutable, y ante las circunstancias no quedaba otro camino que Finlay.

A Walter Reed se ha querido atribuir la gloria del triunfo sobre la fiebre amarilla ¡Grave error!. Vio y escuchó a Finlay, eso es todo. Su ayudante Jesse Lazaer, el único de los norteamericanos que sentía por el sabio cubano cierta simpatía, aparte de Gorgas que mucho lo consideraba en lo personal, so-



licitó en nombre de Reed, mosquitos infectados, amplia explicación escrita de la teoría y de las técnicas empleadas para las inoculaciones, estadísticas de los casos, fechas, períodos, en fin, todo para iniciar una comprobación de lo que ya, desde 1881, resultaba el descubrimiento del siglo.

No muy convencidos de que el mosquito era el agente transmisor del mal amarillo, comenzaron a trabajar. Dos miembros de la Comisión se dejaron picar por los asesinos mosquitos, uno para desvirtuar la tesis y otro para confirmarla. El primero, James Carroll salvó la vida milagrosamente, Lazaer murió. Reed tomó la libreta de apuntes de Lazaer para ocuparse personalmente de la dirección de las investigaciones.

Fue posiblemente el informe de los científicos ingleses Durham y Meyers, de la escuela de Liverpool sobre el hecho incontrovertible de que Finlay era el primero en establecer la experimentación directa para confirmar el papel del mosquito en la transmisión de la fiebre amarilla, lo que obligó a Reed a sostener públicamente que el mosquito sirve de huésped intermediario para el parásito de la fiebre amarilla y es muy probable que la enfermedad se propague por las picaduras de este insecto. Reed no obstante, sólo reconoce de Finlay «cooperación», y no la primicia del descubrimiento, llegando a afirmar en el III Congreso Médico Panamericano, celebrado en La Habana en febrero de 1901, que, aunque la manera de vehiculación de la fiebre amarilla ya se ha determinado definitivamente, la causa específica está todavía por descubrir. Y ante la imparcial potencialidad norteamericana, triunfó en aquel momento, una vez más, la conjura del silencio.

Más allá de aquella indiferencia, Gorgas, director de la Campaña de saneamiento de Cuba, declaró la guerra a muerte a los mosquitos aplicando el «plan Finlay». Además hay que enfatizar la repercusión que tuvo aquella obra de Finlay. Francia había intentado la construcción del Canal de Panamá, y la fiebre amarilla frustró los planes de Fernando Lesseps. Más tarde, basados en la técnica finlaísta, los norteamericanos lograron sanear el Istmo. Fue Gorgas claro, utilizando los planes del sabio cubano Finlay.



ENRIQUE HURTADO DE MENDOZA

Ya internacionalizados los méritos de Carlos J. Finlay, Francia le impuso la Condecoración de la Legión de Honor, como gratitud por su descubrimiento. Incluso el inglés Ronald Ross, Premio Nobel de Medicina, por su obra sobre el paludismo, propuso en 1904 a nuestro Carlos J. Finlay para el glorioso premio. Los Estados Unidos evitaron ese honor para Finlay y para Cuba, alegando que esa labor se efectuó colectivamente y que los resultados obtenidos eran producto de aquello y no de persona alguna. ¿Habría detrás de todo esto alguna intención política ?

Al constituirse la República de Cuba el 20 de Mayo de 1902 fue creado el Departamento de Sanidad. El nombre de Finlay al frente de ese departamento resultó una garantía máxima para la naciente República. La Enmienda Platt se reservaba el derecho de intervención, entre otras cosas para mantener el buen estado de salubridad del país. Y nuestro Finlay, con su talento científico y su «Código Sanitario», creó dicha salud.

Finlay se retiró a la vida privada a los 76 años de edad. Ya no tenía salud, le faltaba la palabra y tuvo un amago de parálisis facial. Murió rodeado de gloria 9 años después, el 20 de agosto de 1915. Seguramente murió satisfecho . La hermosa contemplación desde la altura del deber cumplido, dándose por entero y volcando a favor de la humanidad la propia vida como pedía Martí, fue suficiente.

Finlay murió... pero ni aún muerto ha alcanzado su nombre, en los anales de la Ciencia, el lugar cimero que le corresponde. Aún se discute su gloria. Él amó y fundó, pensó y trabajó. Ciertamente que en Roma en el Congreso Mundial de Medicina en 1950, se logró un apretado reconocimiento de su descubrimiento ¡después de 45 años de su muerte!

Deseo dejar constancia que la primera parte de este escrito no se hubiera realizado sin la generosa colaboración de mi querido hermano el Doctor Fernando Hurtado de Mendoza, acucioso investigador de los problemas histórico-jurídicos de Cuba, a los que ha dedicado muchos años de estudio y meditación.

A continuación, expresaremos un bosquejo genealógico de la familia de este egregio sabio cubano.





Como expresamos antes, procedentes del Condado de Hull, en Gran Bretaña, se estableció esta familia primeramente en Puerto España, Isla de Trinidad de Barlovento, de donde pasaron a Puerto Príncipe en la Isla de Cuba, y más tarde se asentaron en La Habana.

Eduardo Finlay y su legítima mujer, María Wilson, tuvieron por hijos a: George Washington, Ana, y a Eduardo Finlay y Wilson, los cuales procrearon a:

1. George Washington Finlay y Wilson, nacido en Hull, Gran Bretaña, que fue el primogénito.

2. Ana Finlay y Wilson.

3. Dr. Eduardo Finlay y Wilson, también natural de Hull, que fue médico oculista, graduado de Rouen, en Francia, que pasó a establecerse en Puerto Príncipe, Cuba, siendo autorizado a ejercer la medicina por el Tribunal del Protomedicato de la Isla de Cuba en Octubre de 1832. Asentado en Puerto Príncipe con su legítima mujer, María Isabel Elisa de Barrés y Bernard, originaria de Bretaña en Francia, hija legítima de Casimiro y de Mariana, tuvieron por hijos a:

- A. Eduardo Finlay y de Barrés, que fue el primogénito.

- B. Enrique Finlay y de Barrés, que fue padrino del matrimonio de su hermano Carlos en 1865.

- C. Carlos Juan Finlay y de Barrés, nacido en Puerto Príncipe el 3 de diciembre de 1833, fue bautizado en la Parroquia Mayor, hoy Catedral, el 2 de enero de 1834. Casó en La Habana, Parroquia de Monserrat el 16 de octubre de 1865, con Adelaida (Adela) Shine y Black, nacida en Puerto España (Isla de Trinidad) y vecina de La Habana. Hija legítima de Juan Shine y de María Adelaida Black, falleció en La Habana en 1915. Tuvieron por hijos a:

1. Carlos Eduardo Finlay y Shine, sigue

2. Jorge Enrique Finlay y Shine, casado con Katty Goldie.

3. Francisco (Franck) Finlay y Shine.

De los cuales:

- 1.º Dr. Carlos Eduardo Finlay y Shine, fue médico oculista, vice-presidente de la American Public Health Association, quien casó con María Seiglie, hija legítima de Nicolás Seiglie y



ENRIQUE HURTADO DE MENDOZA

Fernández, natural de Remedios, Las Villas, originario de Ragusa (Yugoeslavia) y de Esther.

Tuvieron por hijos a: Carlos Nicolás, María Elena, Arturo Jorge, Enrique José, Bertha, Alfredo, Roberto, y Adela Finlay y Seiglie, de los cuales:

a. Carlos Nicolás Finlay y Seiglie, casó con Dinorah Villabrille y tuvieron por hijos a: Carlos, Héctor y Miguel Finlay y Villabrille.

b. Arturo Jorge Finlay y Seiglie, que casó con Judith W. Broome y Dufour y tuvieron por hijos a: Judith Jane casada con Waldo Pascual y a Arturo Eduardo Finlay y Broome casado con Elizabeth García.

c. Enrique José Finlay y Seiglie casado con Neria Saavedra y tuvieron por hija a Olga Finlay y Saavedra.

2.º Bertha Clara Finlay y Shine, casada con Pedro Cardoso con sucesión.

3.º Francisco (Franck) Finlay y Shine casó con Esperanza García y Echarte, hija del Dr. Gabriel García y Marrero, médico, y de María de los Angeles Echarte y Alfonso, naturales de La Habana, y tuvieron por hijos a: Francisco, Ángela y Consuelo Finlay y García Echarte, de los cuales:

a. Franck Finlay y García Echarte casó con Berthe de la Portilla y Lavastida, hija del Dr. Florencio de la Portilla y Guilloma, médico. Tuvieron por hijos a Franck, Jorge y Eduardo Finlay y de la Portilla, los cuales:

1. Franck Finlay y de la Portilla casó con María Cristina Sanguely y Albacete, hija legítima del Ingeniero Guillermo Sanguely y Fernández y de Olga Albacete y Serna, con sucesión.

2. Jorge Finlay y de la Portilla, casado con Justa Blair y Ginarte, con sucesión.

3. Eduardo Finlay y de la Portilla, casó con María Cristina Rivero y Sosa, hija legítima de Oscar Rivero y Hernández y de Martha Sosa y Chabán

b. Consuelo Finlay y García Echarte casó con Martín de Aróstegui y Montalvo, hijo legítimo del Licenciado Martín de Aróstegui y del Castillo, natural de Puerto Príncipe, abogado y



Magistrado de la Audiencia de La Habana, y de María Montalvo y Morales, natural de La Habana, con sucesión.

#### BIBLIOGRAFÍA SELECTA

- «Finlay Inmortal» por el Dr. Francisco Martínez de la Cruz. Imprenta El Camagüeyano. Camagüey. 1951.
- «Finlay» por Miguel Antonio Riva Agüero.
- «Carlos Finlay y la Fiebre Amarilla» por Carlos E. Finlay. Universidad de La Habana. Editorial Minerva. 1942.
- «Vidas de la Unidad Americana: Finlay y la Fiebre Amarilla», por Herminio Portell Vilá. Editorial Minerva. La Habana. 1944.
- «Trabajos selectos de Carlos J. Finlay». Secretaría de Sanidad y Beneficencia. La Habana. 1912.
- «Figuras cubanas de la Investigación científica». Publicación del Ateneo de La Habana. 1942.
- «Controversia sobre el descubrimiento de la Fiebre Amarilla» por el Dr. Guillermo Lage. (Premio Finlay-Delgado 1947 de la Asociación de Dependientes de La Habana.)
- «Carlos Finlay, un sabio, un descubrimiento y una injusticia» por el Dr. Juan Govea Peña. Editorial Cultural. S.A. La Habana. 1942.
- «Carlos J. Finlay, su centenario, su descubrimiento, estado actual de su doctrina» por el Dr. Francisco Domínguez Roldán. Editorial Cultural. S.A. La Habana. 1942.
- «A la memoria de Walter Reed» por Alberto E. Truby. Traducción de José A. de la Torre.
- «Salubridad en Panamá» por William C. Gorgas.
- «Revista Bimestre Cubana» de la Sociedad Económica Amigos del País. La Habana.
- «William Crawford Gorgas» por Marie Gorgas y Burton J. Hendrick. Doubleday, Page, and Company. New York. 1924.
- «Estudios sobre Fiebre Amarilla» prólogo del Dr. Manuel Villaverde. (Cuaderno de Cultura del Ministerio de Educación.) La Habana.
- «Estudio sobre Finlay y su descubrimiento» por el Dr. Pedro Nogueira. La Habana. 1947.
- «Finlay y la Argentina» por el Dr. Emeterio S. Santovenia. Editorial Carteles. La Habana.



ENRIQUE HURTADO DE MENDOZA

- «Carlos J. Finlay o el triunfo de la Perseverancia» por el Dr. Carlos Alberto Castro. Buenos Aires. Argentina. 1949.
- «Historia de las Familias Cubanas» por Francisco Javier de Santa Cruz y Maillén, Conde de San Juan de Jaruco y de Santa Cruz de Mopox, Grande de España. 9 Tomos. La Habana 1940. Miami 1988.
- «Finlay» por César Rodríguez Expósito. Ed. Selecta. La Habana. 1951.
- «Finlay ante la Historia» por César Rodríguez Expósito. (Discurso de ingreso a la Academia de la Historia de Cuba. 1950)
- «Dignidades Nobiliarias en Cuba» por Rafael Nieto y Cortadellas. Cultura Hispánica. 1955.
- «Genealogías Habaneras» por Rafael Nieto y Cortadellas. 4 Tomos. Ediciones Hidalguía. Madrid. 1979-1996.

